

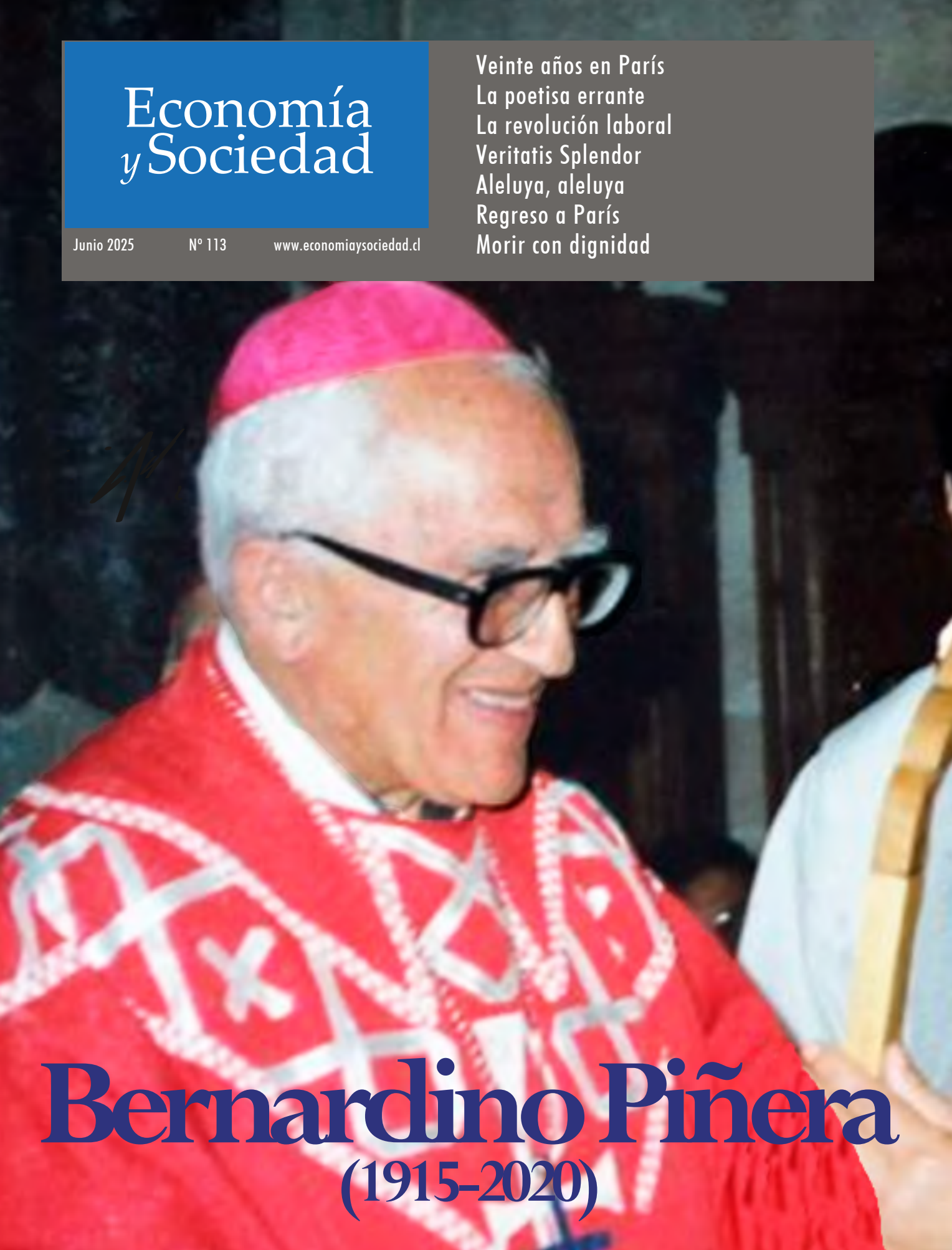
Economía y Sociedad

Junio 2025

Nº 113

www.economiaysociedad.cl

Veinte años en París
La poetisa errante
La revolución laboral
Veritatis Splendor
Aleluya, aleluya
Regreso a París
Morir con dignidad

A color photograph of Bernardino Piñera, an elderly man with white hair, wearing a red zucchetto and a red cassock with white geometric patterns. He is smiling and looking to the right. A large, stylized signature 'B. Piñera' is visible on the left side of the image.

Bernardino Piñera
(1915-2020)

ECONOMÍA Y SOCIEDAD (1976 -2025)



Carta al Director

(9 de noviembre, 2016)

“ He recibido el último número de Economía y Sociedad.

Lo he leído entero. Te felicito.

Yo no soy técnico en economía ni en política y tú bien lo sabes.

Pero en cualquier orden de cosas, me gustan las ideas que no se resisten a la confrontación con otras ideas.

Me gusta una política o una economía positivas, basadas en hechos, en resultados más que en declaraciones que son muchas veces reclamaciones.

Tú tienes ese talento. La claridad.

En esto también hay un peligro. No todo lo que ocurre en el mundo se hace de día, a plena luz.

Existen también la oscuridad y el claro oscuro.

Hace bien buscar la claridad, la sencillez, lo objetivo.

Hace bien liberarse de ideologías en las que la mente humana, sin darse cuenta, va mucho más allá de los hechos concretos y de las reflexiones obvias.

Pienso que Economía y Sociedad puede hacer mucho bien a la política chilena y a nuestra sociedad.

Gracias por haber emprendido la tarea, una vez más, con la claridad y el entusiasmo de los 20 años.

Con mucho cariño, tu tío.

+Bernardino Piñera C.

Arzobispo Emérito de La Serena



Nota de José Piñera

(1 de junio, 2025)

A los 5 años de su partida, dedicamos esta edición especial de Economía y Sociedad a un hombre extraordinario, Bernardino Piñera Carvallo, Arzobispo Emérito de La Serena.

Partió en paz a los 104 años, en la casa de las Hermanitas de los Pobres en Santiago. Fue un médico de cuerpos y de almas que dedicó su larga vida sacerdotal a compartir la palabra de Dios y servir a su prójimo. Fue muy cercano a esta revista, como se aprecia en esta notable carta que nos envió al iniciar el 2016 nuestra Quinta Época.

Y fue un tío y amigo muy querido. Al rescatar de mis archivos estos variados textos, todos excepcionales en su profundidad y estilo, he sentido a mi lado su presencia, su humildad y su sabiduría. Ojalá ellos iluminen y conmuevan a otros lectores como me han iluminado y conmovido a mí.

Veinte Años en París

Por Bernardino Piñera
(22 de septiembre, 2011)

Mis padres, José Manuel Piñera Figueroa y Elena Carvallo Castillo, se casaron en Chile en marzo de 1912 en la Capilla de las Hermanitas de los Pobres en Valparaíso. El tenía 43 y ella 28 años.

El sueño de mi padre era educar a sus hijos en París. Luego de ahorrar lo suficiente para cumplir esa meta, se embarcaron hacia Europa en marzo de 1913 en el “Principessa Mafalda” y vivieron 20 años en París (1913-1932).

Mi hermana Marie Louise nació en Valparaíso (1912) y mi hermana Paulette nació en una clínica de Auteuil (1914). Yo nací en 1915, en el departamento que ocupábamos entonces, 16 Rue des Saussaies. Pronto mi familia se trasladó a la Rue Miromesnil, a dos cuadras apenas.

La Rue des Saussaies y la Rue de Miromesnil forman un ángulo agudo que encierra el Ministerio del Interior, con su hermosa reja que da a la Place Beauvau. La calle Miromesnil, una de las calles largas de París, parte desde la Plaza Beauvau hacia el norte. Nuestro departamento en la Rue de Miromesnil era el número 2, en el cuarto piso. Se subía por una escalera circular. En cada piso había un solo departamento. Allí nació, en 1917, mi hermano José.

¿Cómo transcurría la vida en ese departamento de 2 Rue de Miromesnil? Con sencillez, con cariño y en paz.

Fue nuestro nido, nuestra cuna, nuestra primera escuela. De allí salimos lo que somos.

Nuestros padres

Mi padre era callado, tranquilo, laborioso, esforzado. Todas las mañanas iba al Barrio Latino, donde estaban -y están todavía- las casas editoriales y las grandes librerías: Hachette, Gallimard, Plon-Nourrit, Calmann-Lévy, etc. Allí cumplía sus obligaciones: seleccionar y enviar libros a la Biblioteca Nacional y a otros centros académicos chilenos.

Mi papá tenía, desde niño, una buena cultura literaria española y chilena, adquirida en el Seminario y en el Liceo de La Serena. Muy pronto le agregó una vasta

cultura literaria francesa. Profundizó en los clásicos -especialmente Pascal, de quien era muy devoto-, pero sobre todo siguió muy de cerca el desarrollo de la literatura francesa de su tiempo: Proust, Gide, Valéry, Claudel eran su mundo. Poco a poco, fue formando su biblioteca de bibliófilo. Sin descuidar las ediciones raras, “numérotées”, en papeles finos que le encantaban. Mr. Juser y Mr. Klein se encargaban de empastar sus libros en cuero rojo o beige con la prolijidad de artesanos medievales.

Mi papá, en París, se sentía en su ambiente. Pero no olvidaba Chile. Y en Chile había un lugar al que iba todo su cariño y su recuerdo: La Serena. Su voz se quebraba de emoción cuando recordaba la ciudad tranquila, más orientada entonces al río Elqui que al mar; la casa de familia, su infancia, el Seminario, el Liceo, su partida a Santiago a estudiar leyes, y esos años compartidos entre el derecho y la historia.

Nos hablaba de la guerra del 91, en que fue herido en Placilla o en Concón; de su partida a Iquique, donde trabajó tesoneramente en el sector salitrero durante veinte años; de sus esfuerzos por arreglar la situación económica de su madre, de sus tías y de sus hermanas, que a la muerte de su padre habían quedado pobres y desamparadas; de su regreso a Santiago hacia 1911, su matrimonio y, por fin, la realización del sueño tantos años anhelado: llegar a París, a la ciudad de la inteligencia y de la cultura.

Pero, una y otra vez, volvía su recuerdo a la casa de La Serena. Alguna vez afloraban recuerdos íntimos. Ángela Vicuña parece haber sido el gran amor de su juventud. A veces le preguntábamos, a boca de jarro: “Papá, ¿cómo era Ángela Vicuña?” Mi papá se quedaba en suspenso. Un fugaz recuerdo hacía brillar sus pupilas. “¡Oh!”, exclamaba. Y ese “oh” se prolongaba algunos segundos. Mi mamá se apresuraba a cambiar de tema.

Cuarenta años después, recién nombrado obispo auxiliar de don Manuel Larraín en Talca, visitaba el convento de las carmelitas de esa ciudad. Tras la gruesa cortina del locutorio, todas hablaban a la vez. Yo percibí una vocecita muy débil, pero clara y persistente: “¿Y cómo está Pepe?”

Pregunté quién era. Se identificó: era Ángela Vicuña, ya muy anciana, pero que recordaba, ella también, a su amor de juventud.

Mi mamá era muy diferente y se complementaban muy bien. Mi mamá era sencilla, llana, alegre y amena. Era sociable; le gustaba estar con sus amigas, pero antes que nada era hogareña. Su mundo era la casa, y no solo la atención de su marido y de sus hijos: le gustaba cocinar, coser, tejer, lavar y planchar. Sabía usar sus manos, que eran blancas, delgadas y con grandes venas azules.

José y yo jugábamos largas horas con nuestros soldados de plomo, de tiempos de Napoleón, reviviendo la epopeya imperial que leíamos en las memorias del general Marbot. Yo contaba la historia y José movía las piezas. ¡Solo Dios sabe cuántas batallas ganamos y perdimos, cuántas veces instalamos y levantamos el campamento!

Lo que más abundaba en mi casa eran los libros. Mi papá nos compraba cuanto libro para niños existiera, desde la Biblioteca Rosa -las obras de la Comtesse de Ségur- y la Biblioteca Verde -Julio Verne, entre otros- hasta ediciones de los clásicos para niños y atlas, enciclopedias y todo lo necesario para que llegáramos a ser niños cultos. Libros era lo que sobraba en la casa. Cuando llegaba el tiempo de salir de vacaciones, mi papá iba juntando libros para aprovechar los ocios veraniegos.

En casa, más que los cumpleaños o los santos, se celebraba la Navidad. Con días de anticipación se clausuraba la pieza en que iba a realizarse la fiesta, el comedor o el salón. De noche, mis padres disponían los regalos en medio de guirnaldas y luces. En la mañana de Navidad, entrábamos asombrados al ver tan maravilloso cambio, a buscar cada cual sus regalos.

Todas las fiestas se acompañaban de la recitación de poesías. Mi papá tenía buena voz, buen oído y una fina cultura musical. Pero nunca nos enseñó a cantar, tal vez para no perder el tiempo al constatar las escasas aptitudes artísticas de sus hijos. En cambio, nos enseñó a recitar poesía: Lamartine, Baudelaire, Béranger, Ronsard fueron algunos de los poetas con que ejercitábamos la paciencia de las visitas ocasionales. Así nos íbamos familiarizando con la belleza literaria y entrenando la memoria. Todavía, en ratos de ocio, me vuelven a la memoria los versos de la infancia: *“Quand vous serez bien vieille, au soir, à la chandelle...”*

Como tampoco olvido la voz de mi madre diciendo la oración del Mes de María: *“¡Oh María! Durante el bello mes*

que os está consagrado...”. Era nuestra liturgia familiar. El Viernes Santo era mi papá el que oficiaba. Nos llamaba a su escritorio, sacaba un viejo devocionario que había sido de su padre y de su abuelo, nos hacía leer un trozo del evangelio de la Pasión y nos despedía diciéndonos: *“¡Pórtense bien! Y no metan ruido: ¡hoy es Viernes Santo!”*.

Nuestra educación

Mi papá era un apasionado por la cultura. Y París le parecía ser la cumbre de la cultura universal. Que sus hijos pudieran tener el privilegio de educarse en París fue el principal motivo por el cual alargó su estadía en el viejo continente.

Mi papá tenía una formación cristiana muy profunda por su familia, especialmente por el lado de su padre, don Bernardino, y de su abuelo, don José Piñera Lomera, el fundador de la familia Piñera en Chile.

Mi mamá quería para sus hijos una educación católica, como la había recibido ella en las religiosas de los Sagrados Corazones de Valparaíso. Mi papá hubiera querido que mis hermanas entraran al liceo laico Victor Duruy, cercano al Museo Rodin. Pero prevaleció mi mamá: mis hermanas estudiaron en el Instituto Normal Libre de la Madeleine, que era religioso. En cambio, José y yo fuimos alumnos del Lycée Janson de Sully, laico también, de gran prestigio por sus estudios especialmente matemáticos- y que tenía una atención religiosa libre, pero de muy buen nivel.

El Lycée Janson de Sully gozaba de gran prestigio. Se preparaba a los alumnos para “les grandes écoles”, o sea, Saint-Cyr, Polytechnique, Centrale, Ponts et Chaussées. Las escuelas militares y de ingenieros requerían dos años previos de matemáticas -“mathématiques spéciales”- para postular a ellas.

Llegar a ser profesor en Janson era para cualquier profesor secundario la culminación de su carrera. De hecho, muchos de mis profesores eran autores de los textos que usábamos en sus clases y gozaban de prestigio en los ambientes educativos.

Los estudios eran excelentes. La disciplina, estricta, sin excesiva severidad. Todo era ordenado y puntual. El ambiente era laico, pero respetuoso. El alumnado pertenecía a todas las clases sociales. Había niños ricos, judíos o protestantes muchos de ellos. Había también hijos de refugiados políticos o venidos de las colonias francesas. Pero éramos todos compañeros, y nadie se preocupaba de la religión o de la situación social de profesores o de alumnos.

El Instituto de la Madeleine era regentado por las Hijas del Corazón de María, fundadas por el padre de Clorivière durante la Revolución Francesa, por lo cual nunca usaron hábito. Predominaban en el Instituto niñas de la alta burguesía. El colegio era sobrio y digno; reflejaba el ambiente de la burguesía francesa de aquella época.

Varias veces, en el verano, mis padres contrataron alguna señorita inglesa *au pair* para que pudiéramos practicar el inglés. Eran estudiantes que, con tal de pasar un par de meses en Francia sin costo alguno, aceptaban compartir la vida de una familia y ayudar a los niños con el idioma inglés.

También se preocupó mi papá del alemán. Herr Bluem vino durante dos años, dos veces por semana, de cinco a siete, a enseñarnos su idioma. Aprendimos bastante. Él era un excelente profesor, lleno de vida. Esa iniciación al habla tedesca me sirvió muchísimo, años después, cuando empecé a viajar a Alemania y volví al idioma alemán.

Mi mamá no descuidaba la formación religiosa de sus hijos. Mi papá no intervenía directamente, pero apoyaba. Cuando mis hermanas hicieron su Primera Comunión en Saint Philippe du Roule, además de los trajes, los velos, los devocionarios y las fotos habituales, quiso mi papá que ellas nos regalaran, a José y a mí, sus hermanos menores, un pequeño misal empastado en cuero fino. En el mío, mi papá les hizo poner esta dedicatoria -en francés, por supuesto, pero yo la traduzco al castellano-: *"He aquí tu breviario, Bernardino. Y si algún día llegas a ser el 'señor cura', que tu palabra sea dulce y ardiente como nos la hiciste oír, siendo niños."* ¿Señal premonitoria? Tal vez.

Nuestros viajes

Al acercarse las "grandes vacances" -o sea, desde el 14 de julio hasta el 1° de octubre-, mi papá partía a arrendar una casa en algún lugar de Francia o Europa que ayudara a nuestra formación y cultura.

Dos veces pasamos los meses de verano en Inglaterra. La primera vez fue en Lower Sydenham, al sur de Londres, en el 3 de Lawrie Park Road. La segunda vez, en el 9 de Fitz John's Avenue, cerca de Swiss Cottage, en Hampstead, y después en un hotel en Lancaster Gate, al norte de Hyde Park. Visitamos todo lo que se puede visitar: Hampton Court, Kew Gardens, Windsor Palace, National Gallery. Mi papá no perdonaba ni un cuadro de museo ni una estatua de hombre ilustre.

En 1921 estuvimos en Alemania, en Baden-Baden -Hotel Baden-Baden y Hotel Schriemhof-; en Viena -Hotel

Hammermann, en Lichtensteg Allee-; y finalmente en München. En 1923 arrendamos una casa en Beyris, entre Bayona y Biarritz.

En 1924 fuimos a Gérardmer, en los Vosgos. Muchos años después, estando en Friburgo, en Alemania, unos amigos me llevaron a Colmar a ver el famoso retablo de Matthias Grünewald. Les pedí que siguieran adelante y llegamos a Gérardmer. La capilla de la Trinité, en medio de un potrero donde íbamos a misa y que reconocí, estaba transformada en una bodega para pasto.

En 1925 estuvimos en Pontailac, cerca de Royan. En 1926 fuimos a La Baule, al sur de Bretaña, no muy lejos de Nantes. En 1927 se eligió un clima de montaña. Estuvimos en Publier, un lugar entre Évian y Thonon, sobre el lago de Ginebra. De allí pasábamos a Suiza, a Lausana.

En 1928 volvimos al mar, pero esta vez al Mediterráneo, a Juan-les-Pins, cerca de Cannes. Cerca de allí, en Antibes, Golfe-Juan, desembarcó Napoleón, evadido de la isla de Elba, para reiniciar su conquista del poder. Visitamos otros lugares de la Côte d'Azur: Niza, Montecarlo. Desde allí mi papá nos llevó a conocer Avignon -ciudad de los papas-, Nîmes y Arlés.

En 1929 estuvimos en Saint-Énogat, cerca de Dinard, en el norte de Bretaña, de nuevo en el Atlántico. Tuvimos la visita de monseñor Caro, obispo entonces de La Serena.

En 1932 fuimos nuevamente a Londres, esta vez a Hampstead. Viajes y estadias inolvidables: atravesar la Mancha, oír y hablar otro idioma, conocer otras monedas -el florín, la half crown, el shilling, el penny-. Todo era nuevo, todo era interesante. También, en algunos de mis muchos viajes a Inglaterra, he ido a visitar las casas en que vivimos en ambos lugares. Una, la de Hampstead, la encontré igual. En la otra, el paso del tiempo había borrado casi todos los recuerdos.

Para las vacaciones de Pascua de Resurrección -dos semanas- solíamos ir a algún lugar más cercano a París: Saint-Germain-en-Laye, Fontainebleau, Verneuil y los castillos del Loira, Fleurines, cerca de Senlis, y Versailles.

Unas pocas veces mi papá viajó por su cuenta. Su gran viaje solo fue a Italia. Le tocó el centenario de la muerte de San Francisco y estuvo en Asís. Volvió muy impresionado. Trajo muchos recuerdos. A mí me tocó un grabado, en sepia, del cuadro de Murillo en que Jesús, desde la cruz, abraza al Santo. Un angelito tiene abierto un libro en que



se lee, en latín: “*El que no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo*”. Lo tengo todavía encima de mi cama y me ayudó a tomar una decisión difícil.

Así fue como, en esos veinte años, logramos conocer París, Francia y buena parte de Europa: Francia, en muchos de sus lugares pintorescos; algo de Suiza, de Alemania, de Austria y de Inglaterra.

Y llegamos a Chile con dos idiomas maternos -el español y el francés-, un poco de alemán y bastante inglés. Todo eso nos ha servido mucho en la vida.

Justo es agregar a esos idiomas vernáculos el latín. Durante los seis años de enseñanza secundaria, este era el idioma del estudio principal, casi más que el francés. Traducíamos del latín al francés, primero libros de iniciación -el *Epitome Historiae Graecae* o el *De Viris Illustribus*- y luego los clásicos: Tito Livio, César, Cicerón, Horacio, Ovidio, Virgilio.

Con la gramática en mano y el grueso diccionario de Quicherat sobre la mesa, había que analizar el intrincado texto, reconstruir las frases, consultar en el diccionario las palabras desconocidas, observar sus formas verbales de acuerdo con las declinaciones y conjugaciones, y luego redactar la traducción, en la que el profesor señalaría con tinta roja infamante los “barbarismos” y los “solecismos” cometidos. Peor aún era traducir del francés al latín.

Ese pelear diariamente con los textos -esa gimnasia lingüística y gramatical- formaba la mente en el rigor, la exactitud y la lógica. A mí me ayudó también para estudiar otros idiomas.

Mi papá llegó a dominar el francés casi a la perfección. La pronunciación era buena, aunque el acento siempre delataba un poco el idioma materno. Mi mamá se desenvolvía en francés sin mayores exigencias: lo suficiente para darse a entender. Nosotros, los niños, fuimos perfectos bilingües: en casa hablábamos español con los padres y francés entre nosotros.

Mi papá no descuidaba nada para que aprovecháramos al máximo lo que para él era un gran privilegio: el poder educarnos en Europa, en París.

Y cuando ya las rentas no dieron para más, y hubo que pensar en la universidad, y la nostalgia de la patria se hizo más aguda, se decidió el retorno.

En noviembre de 1932 fue el gran viaje de regreso a Chile. Salimos de La Palisse, cerca de La Rochelle, en el “Reina del Pacífico”, para llegar a Valparaíso tres meses después, el 8 de diciembre ■

(Extraxto del memorándum de Bernardino Piñera titulado “La Familia Piñera Carvallo en París” del 22 de septiembre de 2011)

Gabriela Mistral

La Poetisa Errante

Por Bernardino Piñera
(7 de abril, 1989)

Antes de evocar a la gran poetisa Gabriela Mistral en el centenario de su nacimiento, deseo pedirles un instante de silencio para recordar a una niñita humilde, que se llamó Lucila Godoy, quien estuvo muchas veces rezando en esta capilla, que aprendió aquí a conocer a Dios y a amarlo y que pensaba, sin duda, también en esta Iglesia, cuando dijo: “En Monte Grande fui feliz”, y agregaba con tristeza “y después nunca más”.

La mirada de los poetas es doblemente penetrante. Perfora el espacio y atraviesa el tiempo. Los poetas ven lo que nosotros no vemos y nos conocen mejor que lo que nosotros mismos nos conocemos. Ven las raíces, como nosotros vemos las ramas o las flores y se mueven en el futuro, como si fuera un pasado cercano.

En el valle del Elqui

Gabriela Mistral nació y creció entre nosotros. Es nuestra. Vio los paisajes que nosotros vemos y vio, en ese paisaje, lo que nosotros nunca vimos. Su vida azarosa la llevó de Antofagasta a Punta Arenas y de Italia a California, pero nunca abandonó los cerros de su infancia.

“Acuérdate, me crié
con más cerros y montañas
que con rosas y claveles.
Los cerros cuentan historias
y las cosas, poco o nada”.

Doce cerros “le ahuecaron cuna de piedra y de leño”. Su infancia aquí “mana de cada rama que quiebra y de su cara se acuerdan la salvia con el romero”. Tenía 3 años cuando el padre abandonó el hogar. Evocará más tarde esa partida:

“Los ojos de mi madre, la boca de mi madre,
se llenó de salmuera, la tarde sollozante,
que miraron irse por la senda a mi padre,
sin que volviera, para mirarme, su semblante.
Mirando hacia el camino, sus ojos se cansaron”.

Gabriela sufre y sufrirá durante toda su vida, por el sufrimiento de su madre más que por el de ella. Tal vez

recordará con cariño unos versos que su padre le dedicara como canción de cuna. Ella tratará de justificar al que:

“se fue para siempre por surcos y montañas
y dejó a sus espaldas la paz y la hermosura”.

Recordará una conversación tenida con su padre:

“Él me dijo: yo a veces canto, para dormirme
un dolor tan agudo como una quemadura.
Volví una tarde, pero otra tarde he de irme.
Todos los vientos busco para tener frescura”.

Y, de hecho, el padre solía regresar a casa por unos días, siempre alegre, siempre cariñoso, pero inasible. En eso también Gabriela es muy nuestra. Ella conoció el destino de tantos niños nortinos para quienes la familia es una madre abnegada y un padre lejano y desconocido.

Su vida de maestra fue difícil. Admitida en la Escuela Normal de La Serena, fue dejada fuera, en circunstancias que le parecieron una atroz injusticia. Adolescente todavía, y por ayudar a su madre, enseña en la Compañía, luego en La Cantera. Algún tiempo después se le ve en Barrancas; luego en Traiguén, en Antofagasta, en Los Andes, en Punta Arenas, en Temuco y, finalmente, en Santiago.

De ahí parte a México, a los 33 años de edad, para trabajar en la reforma educacional de ese país. No todos sus recuerdos de ese período de profesora errante son gratos. Ella era muy sensible, susceptible incluso, y “no olvidaba nunca”. No tenía estudios regulares. Y los funcionarios defendían esos títulos ante esta advenediza que apoyaba en su carrera literaria sus pretensiones de maestra, pero encontró también comprensión y apoyo. Con todo, su alma era más abierta a la amargura que a la alegría.

Quién no la reconoce en la semblanza de la maestra rural que trazara en los comienzos de su carrera:

“La maestra era pura...
La maestra era pobre...
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano

¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!
La maestra era alegre...
...pobre mujer herida
su sonrisa fue un modo de llorar con bondad”.

¡Cuántas maestras chilenas se han reconocido también a sí mismas en este bosquejo y se han esforzado como ella por “conservar puros los ojos y las manos” y “guardar claros sus óleos para dar clara luz”!

Tuvo en su vida agudos dolores que, a la vez que la destrozaron, desataron el torrente de su apasionada poesía: la muerte de Romelio Ureta, el suicida; la muerte de su madre; el suicidio, nuevamente, del sobrino, a quien ella había adoptado y que quería como un hijo. Pero, de su dolor, ella hizo poesía, “verso con sangre”, dirá ella.

La poetisa errante

Anduvo casi toda su vida errante por el mundo. Se le ve en México; en Madrid; en Brasil, Uruguay y Argentina; en Ginebra; en Roma; en Estados Unidos; en Puerto Rico, La Habana y Panamá; en Génova; en Madrid nuevamente; en Lisboa y en Oporto; en Guatemala; nuevamente en Chile; en Niteroi y en Petrópolis, en Brasil; en Estocolmo, para recibir el Premio Nobel; en Los Angeles; en Santa Bárbara; en Veracruz, de México; en Washington; en Nápoles; en Rapallo; en Nueva York; por última vez en Chile, en 1954, cuando ya tiene 65 años de edad, y finalmente, en Nueva York, donde muere tres años después.

Destino duro de instalaciones y mudanzas, de soledades, de momentos de paz alternados con horas de dolor. Pero la mirada que esa mujer echa sobre las personas, los paisajes y los acontecimientos, es de tal penetración, de tal inteligencia y logra expresarse en un estilo tan original, que muchos consideran su prosa, en la que cuenta lo que ve y lo que discurre, a la altura, si no superior a su poesía.

Y a través de toda esta vida, vagabunda y atormentada, una búsqueda incesante, con grandes descubrimientos y períodos de oscuridades, una búsqueda penosa, tensa, pero de una sinceridad y de una constancia admirables: la búsqueda de Dios.

Su Biblia

A los 10 años, su abuela serenense le abre el horizonte maravilloso de la Biblia. Comienza a recibir “aquel chorro caliente de poesía”. Oye “tirada de Salmos, que algunas veces eran de angustia aullada y otras de gran júbilo, en



locas aleluyas que no parecían saltar del mismo labio lleno de salmuera”.

Muy joven todavía, escribe, evocando los “libros de sus estanterías”:

“Biblia, mi noble Biblia, panorama estupendo,
en donde se quedaron mis ojos largamente,
tienes sobre los salmos las lavas más ardientes
y en su río de fuego mi corazón enciendo.
Sustentaste a mis gentes con tu robusto vino,
y los erguiste recios en medio de los hombres,
y a mí me yergue de ímpetu sólo el decir tu nombre;
porque yo de ti vengo, he quebrado el destino”.

El Liceo N° 6 de Niñas de Santiago, del que Gabriela Mistral fue un tiempo directora, conserva como precioso tesoro la Biblia de uso personal que la poetisa le obsequió con ocasión de una visita. En las primeras páginas del libro, trajinado por ella durante años, escribió lo siguiente:

“Libro mío, libro en cualquier tiempo y en cualquier hora, bueno y amigo para mi corazón, fuerte, poderoso compañero. Tú me has enseñado la fuerte belleza y el sencillo candor, la verdad sencilla y terrible en breves cantos. Mis mejores compañeros no han sido gentes de mi tiempo, han sido los que tú me diste: David, Ruth, Job, Raquel y María. Con los míos estos son toda mi gente, los que rondan en mi corazón y en mis oraciones, los que me ayudan a amar y a bien padecer. Aventando los tiempos vinisteis a mí y yo, anegando las épocas, soy con vosotros, voy entre vosotros, soy vuestra como uno de los que labraron, padecieron y vivieron vuestro tiempo y vuestra luz.

¡Cuántas veces me habéis confortado! Tantas como estuve con la cara en la tierra. ¿Cuándo acudí a ti en vano, libro de los hombres, único libro de los hombres? Por David, amé el canto, mecedor de la amargura humana. En el Eclesiastés hallé mi viejo gemido de la vanidad de la vida, y tan mío ha llegado a ser vuestro acento que ya ni sé cuando oigo mi queja y cuando repito solamente la de vuestros varones de dolor y arrepentimiento. Nunca me fatigaste, como los poemas de los hombres. Siempre eres fresco, recién conocido, como la yerba de julio, y tu sinceridad es la única en que no hallo cualquier día pliego, mancha disimulada de mentiras. Tu desnudez asusta a los hipócritas y tu pureza es odiosa a los libertinos; yo te amo todo, desde el nardo de la parábola hasta el adjetivo cauto de los Números”.

Gabriela y Dios

Gabriela Mistral tenía una sensibilidad religiosa de gran delicadeza. Llevaba en su alma una insatisfacción que colindaba con la angustia y buscaba en Dios, desesperadamente, el consuelo y la paz. Fue aprendiendo teología a lo largo de su vida. Y el descubrimiento de los grandes místicos católicos, para ella, como para Bergson, fue una revelación. Un tiempo buscó la intensidad de la experiencia religiosa en el Oriente. Amado Nervo, Rabindranath Tagore, Romain Rolland, la llevaron a Annie Besant y a la teosofía. Estudió y practicó el budismo. El espiritismo le desagradó. Pero, poco a poco, su familiaridad con la Biblia, su amor apasionado a Cristo, la fuerza de la tradición de su tierra y de su pueblo, los cambios también que vio producirse en la

Iglesia, la llevaron de vuelta a la fe de su infancia. Dedicó páginas muy hermosas a Lourdes, a San Vicente de Paul, al Cura de Ars, a Santa Teresita de Lisieux, pero, sobre todo, amó entrañablemente, y desde su juventud, a San Francisco de Asís:

“Y para refrescar, en musgos con rocío,
la boca, requemada en las llamas dantescas,
busqué las florecillas de Asís, las siempre frescas,
y en esas felpas dulces se quedó el pecho mío”.
Yo vi a Francisco, a aquel fino como las rosas,
pasar por su campiña más leve que un aliento,
besando el lirio abierto y el pecho purulento,
por besar al Señor que duerme entre las cosas”.

Ingresó a la Orden Tercera Franciscana y quiso ser enterrada vistiendo el hábito de su Orden.

Gabriela Mistral fue crítica de la Iglesia que ella conoció. Pero es probable que, durante su juventud, tuviera de la Iglesia un conocimiento muy precario. Veía a la Iglesia Católica muy ligada a los poderosos de su tiempo. En otros países la vio demasiado unida a la eficiencia, a la tecnología, al dinero. Franciscana, ella soñaba con una Iglesia de los pobres, apasionada por la justicia y comprometida en la tarea de aliviar los sufrimientos humanos, empezando por la miseria y la enfermedad.

Cuando fue descubriendo a lo largo de su vida otros rostros de la Iglesia, su alma católica despertó. Odió el sectarismo anticlerical, que pudo conocer en algunos países. Solidarizó plenamente con la Iglesia mexicana, perseguida y maltratada. Encontró en Bergson, el filósofo francés, una apertura hacia la fe y hacia la mística que la entusiasmó. Maritain fue su amigo; su forma de entender el catolicismo en su compromiso con la historia y con la sociedad humana, respondía a su anhelo más íntimo. Los movimientos políticos de inspiración cristiana la atrajeron. Dedicó unas páginas al Padre Alberto Hurtado, en quien vio un San Vicente de Paul chileno.

No fue clerical. Tampoco fue nunca anticlerical. Su vida religiosa la vivió un poco al margen del clero. Pero, de cuando en cuando, tuvo algún contacto con sacerdotes en que se advierte la actitud confiada del católico tradicional. Y, al morir, quiso ser atendida por los sacerdotes de su fe.

Pero su gran amor fue Cristo. Y esto, desde su comienzo. “Cristo, el de las carnes en gajos abiertas; Cristo, el de las venas vaciadas en ríos”.

Uno de sus primeros poemas lo expresa con especial belleza:

“Cruz que ninguno mira y que todos sentimos,
la invisible y la cierta como una ancha montaña;
dormidos sobre ti y sobre ti vivimos;
tus dos brazos nos mecen y tu sombra nos baña.
Creímos que corríamos libres por las praderas,
y nunca descendimos de tu apretado nudo.
Estuvimos prendidos, como el hijo a la madre,
a ti, del primer llanto a la última agonía”.

Aún aparte de su prosa y de su poesía propiamente religiosa, en todo lo que escribe Gabriela Mistral se advierte un soplo de espiritualidad y una preocupación ética. Por eso su influencia en el alma chilena ha sido muy profunda.

Empezando por los niños, por la escuela. Maestra de una enseñanza laica, educadora contratada por el gobierno mexicano, no podía darle a sus ansias pedagógicas una tonalidad abiertamente confesional. Quizás si tampoco hubiera podido hacerlo, por no haberse formado en ese ambiente. Y quizás por eso mismo, su mensaje, envuelto en un ropaje aceptable para el laicismo, su mensaje religioso despojado de una estricta confesionalidad, ha podido penetrar tan hondo en la conciencia chilena.

Por el bien que Gabriela Mistral ha hecho a los niños de Chile; por la presencia de Dios que ella ha mantenido viva en nuestras escuelas, la Iglesia le debe inmensa gratitud.

Por haber sido capaz de unir una religiosidad humilde y sincera, de una excepcional intensidad, a una extraordinaria fuerza y belleza de expresión, la consideramos como una de las grandes bienhechoras de nuestra patria y, por eso también, la Iglesia le debe gratitud.

Tal vez por haber sido católica, como tantos católicos chilenos, sin una base teológica que estuviera a la altura de su genio inmenso; tal vez por haber viajado tanto, por haber visto tanto, por haber oído tanto, y, finalmente, tal vez por haber sufrido tanto y por haber conocido la soledad y la angustia, su religión tuvo un sesgo amargo.

Pero la fe de esa mujer en Dios, la tensión de toda su alma hacia Dios, su fidelidad a la palabra de Dios, su amor apasionado a Cristo, y su cariño por todos los reflejos de Cristo que ella encontró o creyó encontrar en los hombres -en los que, como ella, buscaban a Dios a tientas y en los que, como los santos, lo encontraron- ella debe ser considerada como un gran testigo de la fe en nuestra patria y la Iglesia le debe este homenaje de gratitud.

En un tiempo de intenso dolor, Gabriela exhaló su queja al Señor:

“...perdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de ti:
¡Padre nuestro que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!”

Pero Dios no olvidó a su hija Gabriela. El Señor la acogió en sus brazos y la llevó allí donde están los ángeles que ella tanto quiso; allí donde la esperaban los santos que fueron sus amigos; allí donde también la esperaban los tristes amores de su vida: su padre y su madre; los amores que ensangrentaron su vida y que le arrancaron gemidos de dolor; los niños cuyas rondas alegró con tanto poema de ternura; los niñitos pobres cuyos pies, “azulosos de frío”, tantas veces acarició; y, sin duda, los habitantes del Valle de Elqui, sus vecinos de Monte Grande o de Vicuña, sus colegas y sus alumnos de La Compañía o de La Cantera, los que la quisieron y los que la hicieron sufrir; las santas mujeres, conocidas a través de la lectura de la Biblia, que fueron, más que sus amigas, sus “gentes”, como lo dice ella: Sara, Raquel y Lía, la madre de los Macabeos; Ruth, la espigadora, y María, la madre de Cristo. Ella había escrito:

“Creo en mi corazón, ramo de aromas
que mi Señor como una fronda agita,
perfumando de amor toda la vida
y haciéndola bendita.
Creo en mi corazón, en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho de Dios terrible y fuerte”.

El Dios “terrible y fuerte”, que es también el Dios que perdona y que ama, habrá recibido en su cielo a ese “corazón, ramo de aromas”, “en que el gusano no ha de morder”, para reclinarlo sobre su pecho y darle por fin la paz infinita y el amor sin sombra.

Gracias Gabriela por haber sido lo que fuiste. Tu patria te venera y te quiere. Tu Iglesia te admira y te agradece.

Sigue velando por el alma cristiana del pueblo chileno, de los niños chilenos; sigue prestándonos tu voz admirable, tu apasionado canto, para expresar lo mejor que tenemos: nuestra fe en Dios, nuestro amor a Jesucristo, nuestro deseo de vivir como hermanos ■

(Extracto del discurso de Bernardino Piñera en Monte Grande el 7 de abril de 1989)

Presentación libro

La Revolución Laboral

Por Bernardino Piñera

(1 de diciembre, 1990)

Voy a hacer dos advertencias previas. Mi participación en el lanzamiento del libro de mi sobrino José Piñera no compromete, por cierto, al Episcopado o a la Iglesia Chilena. Soy un Obispo jubilado, al margen de toda responsabilidad que no sea la de mi propia conciencia.

Tampoco comprometo a mi familia. El pluralismo que se da en ella no impide un gran afecto mutuo; pero hace imposible la existencia de un portavoz único. A lo más comprometo mi amistad por José que se agrega a nuestra relación de tío y sobrino.

Estoy aquí porque el autor me lo ha pedido y estoy contento de que me lo haya pedido.

Hace ya muchos años, leí un libro apasionante. En él, James Watson, un joven investigador norteamericano, narra las circunstancias que rodearon el descubrimiento, por él y por el inglés Francis Crick, de la estructura del ADN, la molécula portadora de la información genética, descubrimiento que les mereció un Premio Nobel en 1962. Doce años después, el joven científico, -tenía 23 años cuando hizo el descubrimiento-, revive con íntima satisfacción la gesta en que participó y nos contagia con su incontenible entusiasmo.

También doce años después, José Piñera revive su entrada al Ministerio del Trabajo, en 1978, y la gestación de su Plan Laboral. Su libro narra esta gesta en un estilo ágil y ameno, con fría lógica y también con calor humano y cierto sentido del humor, que me han recordado la obra de Watson: en ambos libros, dos jóvenes talentosos y decididos reviven con entusiasmo contagioso la primera gran aventura de su vida.

He leído este libro, sin prejuicios, con la mayor imparcialidad que me fuera posible. Sin duda, uno tiende a dejarse impresionar favorablemente por el punto de vista de un pariente que es un amigo. Pero, a lo largo de mi dilatada vida de Pastor, he estado siempre más cerca del trabajador que del empleador, -por considerarlo más débil y necesitado-, y un intenso anhelo de ver crecer a los más pobres y de

verlos participar plenamente del desarrollo económico, social y cultural, me han hecho, como por instinto o por tradición cultural, tener reservas sobre las posturas llamadas “liberales” o “capitalistas”, a las que se reprocha a menudo el permitir grandes e intolerables desigualdades.

Esta situación no me impide hacer algunas reflexiones. Serán cinco.

Mi primera reflexión es que es bueno escribir la historia. Es bueno recordar las circunstancias en medio de las cuales uno actuó. Es bueno decir las razones por las cuales se tomó tal o cual medida.

Esto lo ha hecho el autor en un estilo directo que quiere ser objetivo, casi impasible, y que logra convencernos de la coherencia interna de su pensamiento y de su actuar, y de la funcionalidad de ambos con una opción económica que era entonces -y sigue siendo en gran parte- la vigente, la oficial.

Una segunda reflexión. Es bueno también conocer el pensamiento de los demás y tratar de entenderlo, de aceptarlo en todo lo que sea posible. No hay peores peleas que las peleas de ciegos y de sordos; que no ven pero pegan donde caiga; que no oyen, pero gritan sin tampoco hacerse oír.

A través de las páginas de este relato, se adivina un esfuerzo de diálogo, un esfuerzo por entender las tesis opuestas y explicar la tesis propia. Y eso me parece muy sano.

Los economistas no suelen ser sociólogos, ni sicólogos, ni políticos -al menos en uno de los sentidos de la palabra “político”. Este libro es escrito por un economista, con lógica, con claridad, con precisión casi matemática.

Pero se advierte un esfuerzo sincero por entender las mentalidades de nuestros dirigentes sindicales, sus tradiciones y costumbres, también las cicatrices dejadas en ellos por tantas batallas, tal vez mal dadas, pero que costaron “sudor y lágrimas” y, no pocas veces, también “sangre”.

El diálogo de la razón y del sentimiento sigue vigente en nuestro mundo, por racionalista que se quiera. *“El corazón sigue teniendo razones que la razón no conoce”* como decía Pascal.

Hay algo más en este libro, o mejor dicho en los planteamientos que en él se exponen: es la novedad. Y esta será mi tercera reflexión: agrada ver un viejo problema planteado en términos nuevos.

En un comienzo uno duda; espera descubrir el punto débil, la incoherencia, posiblemente el error. Y uno sigue leyendo y la lógica interna de los planteamientos, la coherencia del desarrollo lo van influenciando.

Tal vez uno no se rinda a la primera lectura; pero se siente más libre, al ver sacudir planteamientos que uno creía indiscutibles, porque no se discutían; definitivos, porque se habían hecho rutinarios; y bienhechores, porque se les tuvo siempre por tales.

Es bueno dudar de las propias convicciones, abrirse a otros puntos de vista, explorar nuevos caminos, ensayar nuevas fórmulas, familiarizarse con ideas diferentes de las usuales.

Para los hombres de mi generación y de mi cultura, el contenido de este libro es nuevo y, por eso mismo, apasionante.

Una cuarta reflexión es ésta: el libro de José Piñera es la historia de un proceso en que se entremezclan, desde la primera a la última página, el pensamiento y la acción: un pensamiento que quiere ser frío; y una acción que, al parecer, fue cálida, a ratos al rojo vivo, que exigió un esfuerzo duro, tenaz, entusiasta y persuasivo, con alternativas a veces dramáticas.

Este sincronismo del cerebro que piensa, de la mano que escribe, de la boca que explica y de un gran trozo de vida joven puesto en la batalla, es uno de los rasgos que me han parecido más interesante en este relato, que uno no sabe si calificar de sereno o de apasionado porque es ambas cosas a la vez.

Y esta es mi quinta y última reflexión. Por importante que sea este libro, no dice, evidentemente, la última palabra. Primero porque no existe, aquí en este mundo, una última palabra.

Luego, porque José Piñera es hombre que sigue buscando, observando, estudiando, reflexionando y, el mismo lo dice, soñando.



Y, finalmente, porque la humanidad también sigue soñando con un ideal de solidaridad y de paz; quiere reencontrar el sentido de la vida, la paz del corazón y la alegría de vivir. Y esto requerirá muchas reformas más y muchos esfuerzos más.

Confío en que José, que tiene la vida por delante, seguirá buscando y ayudándonos a todos los chilenos a seguir avanzando en la buena dirección.

Me alegro de que este libro haya sido escrito.

A los que lo lean con prejuicios, a favor o en contra, su lectura les hará bien, los hará más libres.

Y a todos los que lo lean, aún sin prejuicio alguno, -si es que esto es posible-, les dará además el agrado de una lectura clara y amena, de un estilo terso y vigoroso, de un pensamiento coherente y seguro y, sobre todo, de un testimonio valiente y sincero ■

(Presentación del libro “La Revolución Laboral en Chile” de José Piñera en el Salón de Honor de la Universidad Católica el 1° de diciembre de 1990)



Veritatis Splendor

*(Carta de Bernardino Piñera a José Piñera, Ref.: N° 169/2006; 7 de noviembre, 2006.
El título es de EyS y evoca la encíclica “El Esplendor de la Verdad” de S.S. Juan Pablo II)*

“ He leído tus dos artículos que me mandaste. Creo es la verdad dicha con claridad.

Estoy de acuerdo contigo que existe en Chile una excesiva indulgencia para con todo lo que significó Salvador Allende y los partidos políticos que lo apoyaban y una excesiva severidad para con los que participaron en el gobierno militar. Estoy de acuerdo que hay que ser severo con los crímenes cometidos por unos y otros, pero que hay que tratar de ser más objetivo al apreciar las realidades políticas, económicas y sociales.

Es cierto que a Pinochet y a las Fuerzas Armadas se le debe el término de una experiencia socialista que habría sido catastrófica para Chile, según toda probabilidad.

Es cierto que el gobierno militar manejó con prudencia y con inteligencia las relaciones exteriores especialmente con Argentina y nos evitó una guerra que hubiera sido fatal.

Es cierto que el gobierno militar inició una transformación económica del país, que ha sido mantenida por los gobiernos democráticos que lo han sucedido y que ha hecho que Chile haya progresado y esté progresando más que otros países similares.

Y es cierto también que el gobierno militar dejó el poder en forma democrática, cumpliendo con su propia constitución y evitando al país un posible baño de sangre.

Es cierto también que los militares y algunos civiles que los acompañaban abusaron de su poder físico y fueron en contra de la dignidad humana. Pero creo que es justo reconocer que la educación que reciben los militares, en Chile y en el mundo entero, predispone al uso de la violencia física así como el hábito inculcado de la disciplina y de la obediencia hace que el militar ejecuta las órdenes recibidas antes de preguntarse si son conformes o no con la ética.

Y creo por último que después de 30 años, ha llegado el momento de olvidar el pasado y de mirar hacia el futuro. Te felicito por decirlo de palabra y por escrito.

Te saluda con el afecto de siempre, tu tío,

+Bernardino Piñera C.

Arzobispo Emérito de La Serena

50 años de sacerdocio

Aleluya, aleluya

Por Bernardino Piñera
(7 de abril, 1997)

Queridos hermanos: les agradezco que hayan venido a acompañarme a dar gracias a Dios por todo el bien que me ha hecho a mí desde que nací y que ha hecho a otros, a través de mí, durante medio siglo de sacerdocio. Y a pedir perdón por todo el bien que pude hacer, que debí hacer y que no hice; por el bien que hice pero que hice mal; y por el mal que he hecho.

Agradezco a Dios por mi familia. Por mis padres y mis hermanos que estuvieron todos presentes en mi Primera Misa; mis padres y mi hermano me acompañan, ahora, desde el cielo.

Agradezco la conversación y biblioteca de mi padre que me enseñó, con su ejemplo, a interesarme por todo, a no fanatizarme por nada, a ser justo, a ser sencillo y a ser modesto. ¡Ojalá hubiera aprendido mejor esas lecciones! Y la que me dio mi madre: la alegría de vivir con fe, con sencillez y en paz.

Agradezco y añoro como los mejores años de mi vida los del Seminario de Santiago. Agradezco los 11 años en que trabajé en Santiago como presbítero; era la “**primavera**” de mi vida sacerdotal.

Agradezco al Señor por haberme confiado durante 17 años la Iglesia de Temuco. Fue el “**verano**” de mi vida, un verano ardiente, refrescado por las lluvias persistentes del sur y la sombra de los bosques milenarios.

Gracias, Señor, por los 33 años en que me permitiste formar parte de la Conferencia Episcopal de Chile. Fueron tiempos de duro trabajo, de grandes tensiones, pero todo aquello vivido en un ambiente fraternal estimulante. Agradezco particularmente al Señor el haber podido participar activamente en esos grandes eventos de la conciencia cristiana chilena que fueron el Jubileo de 1974, la Conferencia de Puebla de 1979, el Congreso Eucarístico de 1980 y la visita del Papa a Chile en 1987.

Agradezco al Señor por haberme llamado por ocho años, a la Iglesia de La Serena. Fue el “**otoño**” de mi vida. Fue como un retorno a las raíces, al viejo Chile Colonial



y al pasado de mi propia familia, pero en un estimulante clima de superación y de progreso. Todavía me siento plenamente serenense.

Pero el Señor me reservaba otro motivo de gratitud infinita hacia El. Al llegar ahora al “**invierno**” de mi vida, me lo ha transformado en una nueva primavera al ser acogido por la Comunidad Franciscana como uno de ellos.

He podido realizar así anhelos profundos de mi vida que la urgencia de las diarias tareas nunca me permitió satisfacer: vivir la vida religiosa, la vida comunitaria, en el clima de sencillez fraternal propio de la tradición franciscana; vivirla en este Convento y en esta Iglesia, varias veces centenarios; en el origen de la historia y en el centro de la geografía de Chile; dedicar parte de mi tiempo a leer, a estudiar y también a escribir y a hablar; y, sobre todo, pasar mis últimos días a la sombra del grande y humilde Santo que aprendí a admirar y a querer desde niño y que expresa todos mis anhelos, aún no realizados, la búsqueda de la santidad, aún no lograda, unida a la confianza en la infinita misericordia de Dios.

Yo les pido que me ayuden a convertirme y a pedir perdón para poder, antes de morir, dar al cielo esa gran alegría ■

(Extracto de la “Homilía en mis Bodas de Oro sacerdotales” de Bernardino Piñera del 7 de abril de 1997)

Regreso a París

Por Bernardino Piñera
(25 de agosto, 1995)

En uno de mis múltiples viajes a París como obispo, decidí recorrer los lugares de mi infancia. Es lunes 12 de junio de 1995 y estoy hospedado en la Casa de los Lazaristas, en la Rue de Sèvres.

Cerca de las 10 de la mañana, atravieso la calle para tomar el metro en la estación “Vaneau”. Hago combinación en “Duroc” y me bajo en “Champs-Élysées-Clémenceau”. La Avenue Marigny divide la parte norte de los Champs-Élysées en dos sectores. Hacia la Plaza de la Concordia, en el sector nororiente, se extiende una zona que solíamos visitar de cuando en cuando en familia, en alguna tarde de verano. Pero es el sector norponiente el que me trae los más íntimos recuerdos. Allí está el Teatro Marigny, de forma circular. Detrás de él, una pileta redonda con un caminito semicircular que la separa del restaurante Laurent, que siempre tuvo algo misterioso para mi imaginación de niño. Nosotros jugábamos en un montón de arena situado entre la pileta y el teatro.

A lo largo de la Avenue Gabriel, todavía se instala la *foire aux timbres*. La recorro entera desde el Rond-Point hasta la Avenue Marigny. Me asomo a la Rue du Cirque. Subo ahora por la majestuosa y tranquila Avenue Marigny. A la derecha, el Palacio del Elíseo, donde Chirac acaba de suceder a Mitterrand. En mi tiempo, los presidentes eran Alexandre Millerand, Raymond Poincaré, Gaston Doumergue, Paul Doumer.

A la izquierda, me fijo en las cabezas de caballo, de piedra o de estuco, que adornan el patio de la casa en la esquina con la Avenue Gabriel. ¡Cuántas veces las miré de niño! Aún quedaban caballos en las caballerizas de ese elegante *hôtel particulier*.

2 Rue Miromesnil

Llego a la Place Beauvau. Muchas cosas han cambiado. El café, al final de la avenida, con su terraza y sus mesas, ha desaparecido. Ha desaparecido también la *boulangerie* donde nos proveíamos de *baguettes* y, en

algunas ocasiones, de *éclairs au café ou au chocolat, tartes aux pommes, mille-feuilles o babas au rhum*.

La librería Emile-Paul, en la esquina de Saint-Honoré con Miromesnil, ha cambiado de dueño y de categoría. Echo una mirada al número 2, la casa en que vivimos, pero por ahora sigo por Saint-Honoré hasta la Avenue Matignon.

La hermosa calle Saint-Honoré ha cambiado solo en detalles. El hotel Bristol sigue allí. También quedan algunos negocios muy antiguos: Dalloyau, Nicolas, algunas librerías de libros antiguos.

Al llegar a la Avenue Matignon y tomar hacia el norte, echo de menos a las *marchantes des quatre-saisons*, con sus carros de mano pintados de verde, donde vendían frutas y verduras.

Mil veces, de niño, caminé esas dos cuadras entre nuestra casa y el metro Miromesnil, al ir o volver del Liceo. Han cambiado muy poco. Alguno que otro edificio muy viejo está siendo remodelado. El comercio ha subido de categoría. Me quedo un largo rato parado en la vereda, frente al N° 2, mirando la casa de mi infancia.

Me vienen a la memoria los versos de Lamartine en *La vigne et la maison*:

“Efface ce séjour, ô Dieu, de ma paupière,
ou rends-le-moi semblable à celui d'autrefois,
quand la maison vibrait,
comme un grand cœur de pierre,
de tous les cœurs joyeux qui battaient sous ces
toits.”

Esta vez no tocaré el timbre. Lo he hecho otras veces. Tres veces he visitado el departamento, ahora irreconocible. Pero los recuerdos, después de más de 60 años, permanecen vivos.

Vuelvo ahora a la Place Beauvau. Paso frente a la hermosa reja de lo que era entonces el Ministerio del Interior. En la esquina de la Rue Saussaies estuvo un restaurant, La



Crémailière, que ya no está. Avanzo por la Rue des Saussaies. En el número 16, esquina sur de la Rue Surène, está el primer departamento en que se estableció mi familia en París: papá, mamá y mis dos hermanas. Allí nací yo, en el “entresol” (2° piso). Al poco tiempo, mi familia se trasladó al 2 de Miromesnil: allí nació José. Y ahí estuvimos hasta un año antes de venimos a Chile.

Sigo por la Rue de la Ville-l’Évêque. En el número 16 estaba el Instituto Normal Libre de la Madeleine, donde estudiaron mis hermanas. La fachada del antiguo instituto ha desaparecido, pero, a través de una vidriera, se pueden ver restos del primer patio y el edificio del fondo, con sus dos leones y con su escalinata en que las alumnas se tomaban su foto anual.

Saint-Philippe du Roule

Vuelvo sobre mis pasos y tomo la Rue d’Astorg hasta La Boétie. Tuerzo a la izquierda hasta la iglesia Saint-Philippe du Roule (imagen arriba). La puerta lateral que da a un pasaje está abierta. Entro y recorro todo: las sacristías, de donde salían, a la hora de la colecta, en sus rutilantes uniformes, los *suites*, seguidos por los *bedeaux*, de traje negro, con cadena de plata; la Capilla de la Virgen, con sus cuadros de la vida de María que me servían de distracción durante las prédicas; y la estatua de Juana de Arco; la Capilla de los Catecismos, ahora destinada a otros usos.

Varias veces prediqué, siendo Obispo, en Saint-Philippe du Roule. La primera vez fue desde el púlpito. Celebraba la misa el abbé Gasparus, que era vicario en nuestro tiempo. Yo lo interpele: “*Monsieur Gasparus, vous m’avez enseigné le catéchisme.*” El viejo sacerdote se emocionó. Los fieles también.

Salgo de la que fue nuestra parroquia durante quince años y sigo por la Rue du Faubourg Saint-Honoré, atravesando el Boulevard Haussmann. Quiero ver, en el número 186, la casa en que vivimos nuestras últimas semanas en París (octubre de 1932). Eran dos pequeños departamentos amoblados que daban también a la Rue de Berryer. Por fuera, nada ha cambiado.

Atravieso la Avenue Friedland y tomo la Rue Washington hasta la Avenue des Champs-Élysées. Al frente veo el Café Fouquet’s, que era el lugar de reunión de los chilenos en París. Bajo una vez más por la Avenida des Champs-Élysées hasta el Rond-Point, donde tomo el Metro. Atravieso las estaciones sabidas de memoria: Alma-Marceau, Iéna, Trocadéro. Y salgo en Rue de la Pompe, la calle de mi Liceo.

Lycée Janson de Sailly

Una escalera mecánica se ha agregado a la escalera corriente que existía en mi tiempo y desemboca en la Avenue Henri Martin (hoy, en esa parte, Georges Mandel), muy cerca de la puerta del Petit-Lycée. Entro al Liceo por su entrada principal. Una portera me mira con cara de pregunta. Le explico que soy un ancien élève. Me comprende y me abre.

Tomo a la derecha hacia el patio de la 6ème, 5ème y 4ème, mis tres primeros años en el Liceo. Revivo la clase de 6ème1, en la que entré por primera vez a los 10 años, en octubre de 1925. Mi papá me había acompañado esa primera vez y, con gran nerviosismo mío, se asomaba por un vidrio de la puerta que daba al patio y me hacía señas para que me sentara más adelante, sin duda para ver y oír

mejor. Yo me hacía el que no lo veía, pero mi papá era insistente, tratándose del mejor aprovechamiento de sus hijos. Finalmente, se retiró.

Atravieso el patio de los chicos; miro la enfermería, donde me atendieron unas monjitas cuando me quebré el antebrazo; la capellanía, la capilla -el Liceo era laico, pero tenía servicio religioso-. Me asomo al *réfectoire*, con sus mesas de mármol que parecían de autopsia; los patios de gimnasia, donde practicábamos salto alto y largo. Y llego al patio de los últimos cursos: Matemáticas y Filosofía. Mi sala de matemáticas se conserva igual, pero el ambiente no es el mismo: el liceo republicano de rígida disciplina se ha transformado en un campus universitario, con jóvenes y muchachas que conversan relajados en los pasillos.

José entró al Liceo varios años después que yo. Poco estuvimos en el mismo patio y no recuerdo haberlo visto jamás en el colegio. Pero oí hablar de él. Al entrar a 4ème, era uno de los últimos alumnos de su curso. Hasta los 12 años nunca había estado en una sala de clases. A fines de ese mismo año, estaba entre los primeros. Éramos varios miles de alumnos. Recuerdo a muchos de mis compañeros y a cada uno de mis profesores, con nombre y apellido.

Salgo por la Rue de la Pompe. Sigo hasta la Rue des Belles-Feuilles; tomo a la izquierda por esa calle. Sigo hasta la plazoleta desde donde veo, a la izquierda, el número 18 de la Rue Spontini, donde vivimos nuestro último año en París (1931-1932). Sigo hasta la Avenue Foch (entonces Avenue du Bois de Boulogne). Recuerdo haber visto un día a mi papá conversando con Pascual Baburizza; se habían conocido en Iquique y se le tenía por el hombre más rico de Chile. Sigo por la Avenue du Bois hacia la izquierda y tomo el metro en Porte Dauphine.

Me bajo en la estación Rome. Quiero recordar el *Cours Hattemer-Biais*, en que cursé la 9ème, la 8ème y la 7ème, antes de entrar al Liceo Janson de Sailly. Saliendo del metro, sigo el Boulevard des Batignolles hasta la Rue Clapeyron. Allí, creo que en el número 14, está todavía el edificio en que funcionó el *Cours Hattemer*. Desde la calle se alcanza a ver la sala del primer piso en que se daban las clases.

Los alumnos nos sentábamos en torno de una mesa con paño verde y Mme. Biais nos presidía desde un pupitre en altura. Nos tomaba la lección; aún recuerdo los mapas de Europa, en que figuraba todavía el Imperio Austro-húngaro. Luego nos daba y explicaba el trabajo para toda la semana. Las institutrices -cada alumna llegaba con la suya, o con su

mamá- sentadas detrás de una baranda, tomaban nota de todo y recibían una hoja mimeografiada que les permitiría trabajar con nosotros durante toda la semana. Recuerdo con mucha gratitud a Mme. Biais. Cuando estuve en 7ème (9 a 10 años) nos preparó a todos para la Primera Comunión, que hice en la Parroquia Saint-Louis d'Antin -cerca del Printemps- bajo la dirección de los abbés Raffin y Hacquet. Muchos años después fui a visitar al abbé Raffin, quien tenía ya más de 80 años y era cura de La Madeleine -la iglesia en que fui bautizado. Él me invitó a predicar, un domingo, en todas las misas. La colecta fue la más grande que había recibido hasta entonces.

Sigo por la Rue Clapeyron hasta la Place de Dublin. Tomo la Rue de Saint-Pétersbourg -antes, de Leningrad-, hasta la Place de l'Europe; la Rue de Madrid hasta la Rue Portalis y esta hasta Saint-Augustin: es el recorrido que hacía de niño para ir y volver al *Cours Hattemer*; no había autobusero en ese trayecto y no éramos de auto ni de taxi: la caminata era larga y pesada.

Allí terminó mi itinerario de los recuerdos. No había comido desde el desayuno y me fui a cenar a algún restaurancito del barrio.

Termino este relato con unos versos de Victor Hugo que aprendí de memoria en 6ème¹, a los 10 años, recién entrando al Liceo, y que no he olvidado (*):

“Pourquoi devant mes yeux revenez vous sans
cesse,
o jours de mon enfance et de mon allégresse?
Qui done toujours vous rouvre, en nos coeurs
presque éteints,
o lumineuse fleur des souvenirs lointains?” ■

(*)

“¿Por qué volvéis sin tregua ante mis ojos,
oh días de mi infancia y de mi alegría?
¿Quién siempre os reabre,
en nuestros corazones casi extintos,
oh luminosa flor de memorias lejanas?”

(Extracto del memorándum de Bernardino Piñera
“Un día en París” del 25 de agosto de 1995)

Morir con Dignidad

Por Bernardino Piñera
(2 de diciembre, 1998)

No puede un sacerdote acercarse a un enfermo que está próximo a morir y teme morir, hablarle de la muerte y animarlo a afrontarla con entereza, si él mismo, el sacerdote, no se ha planteado el problema de su propia muerte, si él no está preparado para morir él mismo, en ese instante.

No se puede decir a un moribundo palabras de rutina. Las palabras convincentes tienen que expresar una honda fe en lo que uno dice, una experiencia personal de vida, un testimonio de la propia actitud ante la muerte, que al sacerdote también lo espera.

El sacerdote ha acudido a atender un enfermo de su propia religión, que comparte su fe y su actitud ante la vida y ante la muerte. Y está allí para eso, para ayudarlo a morir bien: con coraje, con dignidad, con confianza, con paz, dentro de esa fe compartida.

El médico, en cambio, puede compartir o no la fe religiosa, o la falta de fe, o la filosofía de la vida de su enfermo. Y no está allí cumpliendo una misión religiosa sino para aliviar a su enfermo. En algún caso, un médico creyente, o simplemente humanitario, querrá ayudar a su hermano enfermo, desde una fe común o desde una actitud común ante la muerte. El médico se hará consejero espiritual de un enfermo, pero esto será desde otro punto de vista que el propio del médico.

Un célebre historiador de la medicina, el profesor Guthrie, de Escocia, dedica en su Tratado sobre la materia, un capítulo a la medicina en la Edad Media. Yo fui un tiempo profesor de Historia de la Medicina. Había leído o consultado varios textos sobre la materia y por lo general me había encontrado con una actitud mas bien despectiva de los autores al tratar esa época: poco o nulo progreso científico experimental, oscurantismo medieval.

Pero Guthrie decía que la Edad Media había sido como una edad de oro de la medicina. ¿Cómo así? Porque la cristiandad medieval había enseñado a los médicos que el enfermo no es un simple animal que sufre, que es un hijo de Dios, creado a su imagen y semejanza y dotado de un destino eterno. La medicina, explicaba,

se separó allí definitivamente de la veterinaria y alcanzó su dignidad propia.

El enfermo que se muere no es tan sólo un organismo en crisis, próximo al desenlace. El piensa, sabe o cree que es más que eso.

Próximo a la muerte oye la voz de su conciencia; renace en él la voz acallada pero persistente de la fe que tuvo en su infancia y que quizás se fue apagando a lo largo de la vida; se aferra a una esperanza dormida, que lo ayude a desprenderse de todo aquello que, lo quiera o no lo quiera, está a punto de dejar para siempre.

Y puede ser también un hombre de fe inalterada que quiere morir tal como ha vivido, fiel a sus creencias.

Puede ser también un hombre no religioso pero con principios humanísticos claros.

Recuerdo uno de los primeros filmes que vi de niño, en blanco y negro, que relataba la vida del fundador de la familia Rothschild, el célebre banquero israelita. En su lecho de muerte, rodeado por su familia, el moribundo daba a sus hijos sus últimas recomendaciones: *"Vivan con dignidad, les decía; sufran con dignidad; mueran con dignidad"*. Cómo habría podido su médico, oyendo tales palabras, prescindir de ellas y negarle a su enfermo la posibilidad de morir, según su deseo, con dignidad.

El médico debe tomar en cuenta esa dimensión humana, ética y espiritual de su enfermo, su fe, su esperanza, su conciencia, o su sentido de la vida y ayudar al enfermo a morir como él desea morir y si el enfermo ya ha perdido la conciencia, como el deseaba morir.

Recuerdo haber sido llamado por su hija a asistir a un hombre ilustre a quien yo no conocía. Sólo sabía que toda su vida pública -era un político- había sido totalmente ajena, y aún contraria, a la tradición católica mayoritaria en nuestro país. Entré solo a la pieza del moribundo. Estaba pálido como un papel, rodeado de almohadas, respirando difícilmente, claramente angustiado. Y me dijo, *"Déjeme morir en paz. Quiero morir como he vivido. Respete mi conciencia"*.



Lo miré con admiración. Por mucho que, como cristiano, hubiera querido verlo morir en lo que es para mí la verdadera fe, sentí la grandeza de un hombre que, a la hora de la verdad, da testimonio de su sinceridad y de su consecuencia. Eso es lo que el médico debe respetar.

En Chile, cuatro siglos de evangelización han creado una cultura católica a la cual pocos escapan totalmente. La gran mayoría de los chilenos se declaran creyentes, de alguna manera y en algún grado, pero creyentes al fin. Y a la hora de la muerte, la fe a menudo revive, se reanima.

Lo mismo ocurre por cierto a los judíos, a los protestantes, a los evangélicos y a los católicos: todos pertenecemos a la gran tradición judío-cristiana que se inicia hacia el comienzo del segundo milenio antes de Cristo, cuando un viejo nómada del desierto escuchó una voz que le intimaba una orden y le hacía una promesa. Abraham reconoció la voz de Dios, creyó y obedeció.

La muerte, para el hombre, se presenta antes que nada como un hecho, un hecho ineludible.

Pero el hombre quiere entender la muerte, su muerte, le busca un sentido. Aceptando el hecho de la muerte y aun encontrándole un sentido, el hombre quiere liberarse de ella, vencer la muerte; aspira a la vida, a una vida plena, a una vida sin fin.

Pero él sabe que esto no depende de él; tampoco depende de los médicos. Lo sabemos mejor que nadie: todos los enfermos, todos, al final, se nos mueren.

Pero Dios que es “el viviente”, que es “la vida” puede liberarnos de la muerte. Dios quiere que el hombre “se convierta y viva”. La enfermedad es un correctivo que invita al hombre a prepararse para esa vida sin fin a la cual aspira.

Para el que no tiene fe, el mundo es un autódromo y el hombre es el piloto de un auto de carrera que algún día se detendrá para siempre sin que jamás sus cuatro ruedas se aparten de la pista.

Para el que tiene fe, el mundo es un aeropuerto y el hombre es el piloto de un avión que corre por la pista, casi al igual que el auto de carrera pero sabiendo que va a despegar. Y que aun cuando puede correr por la pista como un auto, su avión está hecho para volar. Sirve para la tierra, pero está hecho para el cielo.

La compartamos o no, debemos respetar esa esperanza. Nosotros los médicos debemos estar al lado de nuestros enfermos, sean o se crean pilotos de auto o pilotos de avión hasta el final de la pista.

Y a los que tienen confianza en el despegue y sienten el llamado de los espacios infinitos, dejémoslos prepararse para el vuelo sin retorno ■

(Extracto de la conferencia de Bernardino Piñera en la Academia de Medicina de Chile el 2 de diciembre de 1998)

Reflexiones

(Tras la conferencia, los académicos hicieron comentarios. Aquí una selección)

Académico Pizzi. Impresiona la profundidad y belleza del relato, y la solemnidad del problema de la muerte. Monseñor Bernardino Piñera ha puesto el énfasis en el paciente moribundo que mantiene cierta esperanza. Todas las religiones, especialmente la católica, ofrecen la esperanza de una vida mas allá de la muerte. Esta esperanza no debiera perderse nunca. Relata la experiencia de una paciente religiosa, víctima de una grave enfermedad terminal, aunque estable, la que se derrumbó al conocer el pronóstico. A veces el decir toda la verdad trae graves consecuencias. El médico puede comunicar parte de la verdad, pero dejando siempre un hilo de esperanza, lo que mantiene el deseo de luchar por la vida. La medicina actual se plantea problemas que no existían décadas atrás, ya que existe una limitación para diagnosticar con seguridad el momento de la muerte, debido a los procedimientos tecnológicos de reanimación y “resucitación” de enfermos terminales. Lo inquietante se presenta cuando hay que decidir frente a un paciente que va a ser donador de órganos. Toda la problemática de la muerte, que para el médico parecía simple hace un tiempo, hoy se ha vuelto controvertida y plantea problemas inquietantes en los cuales la religión debiera tener una palabra que decir.

Académico Salvestrini. Agradezco a Monseñor Bernardino Piñera pues nos ha dado una visión global, profunda, de alternativas, circunstancias y condiciones que movilizan al hombre a lo que poetas como Dante y Shakespeare llaman: “ernesidan el achitado lento” y “The undiscovered country”, respectivamente. Después de mucha experiencia he llegado a la conclusión de que también debiera existir el derecho del morir con autonomía, es decir, conservar la capacidad de decidir cómo y de qué forma se quiere morir. Bernardino lo dijo muy bien: hay una muerte digna a la que aspira mucha gente, la que puede ser conducida por el médico, pero no propiciada ni inducida, respetando la autonomía. Esta puede definirse previamente en el tiempo, con una declaración, en la que se deje establecida la forma en que se quiere morir, con o sin reanimación, etc. Ello permitiría a los médicos enfrentar esta situación de un modo más razonable.

Académico Kaplán. Felicito a Monseñor Bernardino Piñera y quisiera hacer dos acotaciones: Creo que el concepto de “muerte cerebral” involucra el hecho que el alma, para los que creen en el alma, ha abandonado el cuerpo. Otro problema es como plantearse al paciente que va a morir. La forma de decirlo depende del

paciente. Yo no se lo diría a un niño. Pienso, como el Dr. Pizzi, que siempre hay casos en los que no hay ninguna posibilidad y existe la obligación moral de decirle al enfermo que es un caso terminal.

Académico Norero. Entiendo que la exposición de Monseñor Bernardino Piñera se refiere a los sentimientos que rodean a la muerte y no a los hechos que la rodean. Ello me parece más valioso en el sentido de como enfrentar el problema. Probablemente el médico pueda conducir mejor el proceso, aún cuando no profese la misma fe religiosa. Discrepo con el Dr. Kaplán respecto a la muerte en el niño. Los pediatras sabemos que los niños enfrentan la muerte de una manera absolutamente distinta de los adultos. Es una experiencia extraordinaria y muy motivadora.

Académico Vargas. Agradezco la conferencia y creo que el tema debiera analizarlo la Academia, pues en el último tiempo le ha correspondido vivir experiencias muy duras con enfermos terminales, a los cuales se les modifica el curso natural de la enfermedad con alimentación artificial, con lo que se agrega una nueva forma lastimosa de morir.

Padre Roman (Arzobispo Auxiliar de Miami, invitado). No me siento capaz de adelantar una respuesta definitiva. Recientemente vi un paciente que estuvo conectado a máquinas por más de tres meses y luego de estar en este estado vegetal, se recuperó. Fui capellán de hospital y creo que es muy raro encontrar una persona que carezca de esperanzas, por lo menos en Norteamérica. Pienso que el cristianismo ayuda, porque siempre existe la esperanza del encuentro con Dios.

Académico Pérez Olea (Presidente). Agradezco la conferencia de Monseñor Bernardino Piñera que ha impregnado la conciencia de todos nosotros. Para algunos, el cerebro es la persona, la muerte cerebral es la muerte real. Finalmente, el médico no puede olvidar la atención de los familiares del paciente en trance de morir. Reanimar a la familia del paciente terminal es también muy importante. Esta es la última sesión. Ha culminado con una Conferencia Magistral, que nos ha dejado una impresión muy honda, la que ha de persistir en nosotros de por vida. Agradecemos a Monseñor Bernardino Piñera que, en su doble condición de médico y sacerdote, nos ha iluminado el camino.